III.

!La *independennia* estaba consumada!

Desde aquel día comenzaba á surgir una nueva era en la existencia política de la nación; pero el plan de Iguala sería más tarde el gérmen terrible de la anarquía; porque enseñaba una promesa, consignaba un derecho hasta cierto punto á las casas reinantes de Europa, á quienes reservaba el trono de México.

Pudo pasar entonces como un juego de la política esa reserva; nadie pensó ni por un momento en esos artículos, sino en la idea de la independencia absoluta de la Metrópoli.

El instinto del pueblo, su deseo por la libertad, salvaban aquella situación comprometida; la revolución convergería hacia su cauce natural; no había temor de que se pronunciase la opinión en favor de los reyes católicos; la presencia de Guerrero y otros jefes notables de la insurrección, garantizaba el principio regenerador de la América, la independencia.

Medio siglo vivió en el polvo de los archivos *el plan de Iguala*, hasta que las bayonetas francesas lo sacaron de su olvido por traer al infortunado Archiduque de Austria al trono... más tarde las hojas destrozadas de ese plan, cayeron en girones sobre la sangre que salpicó las rocas del *Cerro de las Campanas*.

IV.

Luego que la ciudad entró en el silencio del sueño, el comandante Jacinto Castaños que había presenciado las sesiones celebradas por los jefes del ejército de Iturbide, montó en su caballo y abandonó la población.

Solo en aquellas montañas, sentía el soplo de la muerte sobre su existencia.

—El momento se aproxima, decía delirante, los pies se me hunden en la tierra de la tumba... quedamos dos de aquella raza maldita, ¿quién entrará primero en el sepulcro?... temía que este hombre aborrecido muriese de la pesadumbre... acaso me engañe... ¿cómo vendrá la última esmeralda á mi poder?... yo me abismo en estos lúgubres pensamientos... vamos por la pendiente resbaladiza del destino... ¿qué será de mí?... nunca como ahora he pensado en mi padre .. hace algunas noches que aparece ensangrentado en medio de mis sueños... viene á pedirme cuenta de su vida... yo le arrebaté sus últimas horas... ¿y para qué tanto crimen?... este hombre desleal ha vendido al rey y nos entrega al rencor de los insurgentes... al luchar contra ellos defendía mi existencia... ¡este secreto me ha quemado el corazón!... ¡yo he sido el genio de la destrucción y de la muerte!... ¡aun me sobra aliento!... yo me hundiré con las últimas víctimas, saciaré mi encono y entraré satisfecho en la tumba... creen los traidores que doblaremos la cerviz humildes y resignados, y ¡vive Dios que se engañan!... grande es el país, inespugnables las montañas y fuerte nuestro aliento... entramos en un duelo á muerte!... ¡el todo por el todo! yo avisaré á los incautos que ese plan es una red de engaño, qué se conspira contra el rey, que la independencia de México está escondita tras esos artículos insidiosos!.. pero yo estoy cansado de luchar... siento que el espíritu desfallece, que mi alma decae como los árboles al soplo primero del invierno... la fatalidad me lleva por la mano... cerremos los ojos y entreguémonos al destino.

Aquel desdichado entró en la noche del fatalismo como una de tantas víctimas á quienes arrastran las olas turbulentas de la predestinación.

CAPITULO XI.

De lo qué pasó en la cuesta del Cerro de Barrabás.

I.

Convencido el general Guerrero de las intenciones de Iturbide sobre la independencia mexicana, marchó lleno de entusiasmo á las costas del Pácifico, para organizar su ejército y emprender esos movimientos atrevidos que le dieron el nombre de soldado.

Iturbide se encontraba en una situación verdaderamente difícil: su previsión había hecho reunir á multitud de fuerzas bajo su mando, pero al dar el grito de libertad, se encontraba sin recursos, y la miseria sería el elemento destructor de su ejército.

Iturbide estaba profundamente inquieto, veía peligrar su gran movimiento revolucionario y derrumbarse la inmensa gloria que había levantado con un solo rasgo de patriotismo.

El alojamiento del jefe de las Tres Garantías estaba lleno no solo de oficiales, sino de multitud de personas que acudían á Iguala á tomar parte en la revolución.

Hablábase con entusiasmo de la independencia, se hacían apuestas sobre distinguirse en las batallas, y *sotto voce* se murmuraba sobre aquello de la venida de Fernando VII á México, creyéndolo una conseja que más bien provocaba la hilaridad.

Iturbide acababa de despachar su correspondencia que era voluminosa, había escrito al Virrey, á las Córtes de Madrid, y á las personas más influentes de México y España, comunicándoles su plan de independencia.

Esas cartas las conserva la historia como cabeza de proceso de Iturbide, sobre sus intenciones de mantener al país bajo la dominación de los reyes de España, y como una acusación sobre el odio que profesó siempre á los hombres de 1810.

Los acontecimientos se encargarían más tarde de romper el velo de las conjeturas y poner la luz de la verdad resplandeciente en el mundo de las nacionalidades.

Decíamos que aquel hombre singular se paseaba inquieto por su aposento, meditando sobre aquella idea gigante que llenaba su cerebro.

—Hemos llegado, decía, al punto más difícil de esta cuestión que afecta el porvenir del país en su moralidad, tal es la de proporcionarnos recursos para la subsistencia del ejército.

—Señor general, dijo el secretario, si usted me permite le indicaré un medio, sin lisongearme de haber acertado...

—Hable usted, señor secretario.

—Está sobre esta mesa una comunicación en que se avisa que hoy pasa por aquí la *conducta de caudales* que debe embarcarse en Acapulco para Manila.

—¿Y bien?

—Esas cantidades pueden no solo salvar al ejército de la crisis actual, sino servirle hasta la consumación de la gran obra que ha emprendido.

—Señor secretario, respondió Iturbide, le tengo miedo á la historia.

—Ella justificará esta determinación, creo que todo debe desaparecer ante la idea que se trata de realizar.

—Puede desconceptuarse, dirán que ella se ha basado en el robo.

—Señor general, dirijámonos á los dueños de los caudales, garanticemos su pago, declaremos esta deuda nacional, comprometamos á la misma revolución á salvar su crédito.

Iturbide vacilaba en asentir á dar el paso que podía en una vicisitud arrojar sobre su frente una mancha.

—Si triunfamos, continuó el secretario, estamos justificados; porque la deuda será pagada.

—Y si por uno de aquellos eventos que están fuera del cálculo humano, la revolución naufraga, yo, dijo Iturbide, yo solo seré responsable de ese baldón.

—No insisto más, señor general: tiembla usted ante la historia, sabiendo que ella misma será su acusadora; porque mañana, hoy, ya es imposible la subsistencia del ejército, los cuerpos empezarán á desbandarse formando grupos de salteadores que caerán como langostas en las haciendas y poblaciones, y habrá usted convertido en una horda espoliadora al más brillante de los ejércitos: entonces la historia si que se alzará inflexible; tuvo en sus manos, dirá, un elemento para conservar la moralidad de sus tropas, y para la realización del pensamiento pospuso su honra á la salvación de la patria, ¿qué importaba lo que dijeran los enemigos, si la nación le hacía justicia aún después de la muerte? ¿no han execrado á Hidalgo, no le han llamado ladrón, incendiario y asesino? y no obstante su nombre se conserva ileso al traves de estos diez años que llevamos de guerra.

—Es verdad, es verdad.

—Y cuando México vuelva á la tiranía que se le impondrá más terrible aun que hasta aquí, cuando una sola sospecha haga subir á centenares de hombres á los patíbulos, porque se tengan perdidos los elementos de guerra y de éxito, ¿qué dirá la historia de ese hombre que se detuvo ante un compromiso de dinero, cuando la nación entera le pedía su libertad?... Señor general Iturbide, usted ha nacido para fijar la época más gloriosa de este país; siga usted los eventos de la revolución por más tristes y comprometidos que ellos sean: empeñe usted todo menos su concencia, si ella dice que este paso es malo é injustificable, no lo dé usted, retroceda, pero sepa que la nación se hunde para siempre, y que la honra de usted no está salvada después de la proclamación del plan de independencia.

—Escriba usted, señor secretario, lo que voy á dictarle.

El secretario tomó la pluma y esperó las órdenes de Iturbide.

«Iguala.

«Señores: El imperio de la necesidad apenas tiene término conocido, y con especialidad cuando se trata de una gran familia, de la sociedad, de un reino entero.

«En este caso, el más árduo que podía presentarse á un hombre de sentimientos y de honor, es justamente el en que me hallo, costándome algunos días de meditación y sacrificios muy fuertes la resolución que al fin he tomado.

«Es á saber: que si el Exmo. señor conde del Venadito conviene en el plan justo, razonable y necesario que le propongo en esa fecha, y de que ustedes se impondrán por las copias que al efecto les acompaño, sin pérdida de momento se situarán en Acapulco, ó donde ustedes gusten, los caudales de su pertenencia que he mandado detener, y si por desgracia no conviene S. E., como sea preciso tener dinero á mano para pago de las tropas y demás gastos indispensables del momento, no podrá dejarse de tomar alguno de aquellos fondos, y en este caso ingratísimo para mí, espero lo llevarán ustedes á bien, y se servirán admitir el pago en ese capital ó en otra provincia por cuenta de la nación, que lo verificará puntualmente y con el premio correspondiente: esta medida que ciertamente no es ajustada en un todo á mi voluntad, concilia al menos en la parte posible, los intereses de ustedes y la equidad y justicia con la necesidad pública, y con la delicadeza de quien no puede separarla de su alma, y ha tomado la firme resolución de promover al alcance de sus fuerzas el bien de nuestra patria, establecer y afirmar la más interesante unión, y dar si es preciso por objetos tan grandiosos, su vida, y sacrificar la suerte de su numerosa y carísima familia.

«Es de ustedes afectísimo seguro servidor y amigo que S. S. M. M. B.—*Augustin de Iturbide*».

«Señores interesados en las platas que se hallan en vía para Manila».

El secretario agitó la campanilla, y un ayudante se presentó.

—Haga usted llamar á don Rafael Ramiro.

El ayudante salió en busca de esa persona. Iturbide estaba sombrío, aquel paso podía comprometer su nombre. El secretario le contemplaba, viendo la lucha que sostenía con su espíritu aquel hombre levantado á la esfera de los héroes.

El ayudante presentó á don Rafael Ramiro y se retiró.

—Estoy á las órdenes del señor general.

—Las grandes empresas, dijo Iturbide, se les confian á los hombre incorruptibles y que tienen en un grado superior el sentimiento de su honra.

Ramiro era todo un hombre de bien, incapaz de subalternar su conciencia ante interés alguno. Iturbide continuo:

—Usted es una de las personas más adictas, no ya á mi persona que nada dice en esta cuestión, sino á la gran causa de la independencia.

—Es cierto, señor general.

—Pues bien; voy á depositar un gran secreto, á hacer una revelación que no puede rebajarme ante quien conoce mis intenciones, y el fin á que he de dirigir mis esfuerzos.

Ramiro comprendía que algo terrible iba á confiarsele, pero no suponía ni aún remotamente adonde iba á parar aquel trabajoso preámbulo.

—Tenemos un ejército, dijo el general, que necesita para su subsistencia grandes cantidades, yo no soy partidario de las exacciones ni de los préstamos, ellos traen la ruina de los particulares y el odio hacia quien dicta tales medidas; esta revolución se efectuará en el mayor orden posible, porque la causa que defendemos es noble y generosa.

Ramiro esperaba con ansia la conclusión.

—He determinado en virtud de esta necesidad, y á riesgo de dar las armas de la injuria á nuestros enemigos, ocupar los caudales de la conducta de Manila.

Ramiro retrocedió dos pasos.

—He determinado también el modo con que se ha de pagar, y hoy me dirijo á los interesados avisándoles de este paso y dándoles todas las garantías que están á mi alcance, para que sean reembolsados en sus intereses.

El secretario leyó la nota dictada por Iturbide.

—Yo espero las órdenes del señor general, dijo Ramiro.

—Ninguna persona más á propósito que usted, para confiarle el depósito de la conducta.

—Señor, es una gran responsabilidad, se trata de *medio millon de pesos*, que exitarán la codicia de las tropas realistas que aun existen en estos contornos.

—Elija usted la fuerza que le parezca suficiente para su custodia.

—En Iguala no está segura la conducta, me parece que la debemos llevar á otro punto más á propósito.

—Lo dejo á la elección de usted.

—En el *Cerro de Barrabás* estará completamente á salvo, el general Guerrero ha dejado aquí una sección de sus tropas, ellos son conocedores del terreno, y me servirán de escolta para llevar y custodiar los caudales.

—Este negocio es de la responsabilidad de usted.

—Señor general, yo no tengo más que mi vida, ella responderá de mí.

—Acepto esa promesa, dijo Iturbide abrazando á Ramiro, que salió del cuartel general á cumplir su comisión.

II.

Ramiro se encaminó con las tropas surianas al encuentro de la conducta, se apoderó de ella y tomó rumbo al cerro de Barrabás.

—Estas operaciones me gustan, decía Vildo el insurgente á José de la Luz, su antiguo compañero de aventuras.

—Yo estoy que brinco de contento, les hacemos la guerra con su mismo dinero.

—Pues yo tengo todavía la boca abierta, no me pasa que ese señor Iturbide que me mandó fusilar, ahora sea tan amigo del general Guerrero, aquí hay su *más* y su *menos*.

—Yo no sé, pero el caso es que los realistas nos están haciendo la barba, y es que ya saben lo que valemos, nos tienen más miedo

que á un escorpión, como que mi machete ha comido más carne que un fraile en día de vijilia.

—¿Pues y el mío? eso sí, que ha corrido algunas veces; pero después he dado la revuelta como tígre, mi coronel Piedra-Santa es testigo.

—Está el coronel más triste que...: vamos, tiene razón, desde la muerte de la niña anda sin sombra, se ha quedado solo en el mundo, ya nada más nosotros quedamos de su familia.

—¡Demonio! diez años de caminatas y de desgracias; con razón ya tenemos gana de dormir una noche tranquilos.

—Ese diablo de cuñado que tiene el coronel don Alfonso nos ha dado una guerra endiablada.

—Y todavía no sabemos el final de esta comedia.

—Los dos se la han prometido, y el encuentro será de primera.

—Jacinto es fuerte y valiente: yo lo ví en la hacienda de los señores Bravos cuando era todavía muchacho, arrastrarse una res, estando á caballo, con la facilidad conque yo me llevo á un realista.

—Pero el coronel no es zurdo.

—Ya se vé que nó, por eso le tengo miedo al *careo*.

—Veo por allí brillar armas.

—Pues avancemos por si es el enemigo.

Vildo y José de la Luz seguidos de un pequeño destacamento, se dirijieron al sitio donde vivaqueaba una compañia de realistas de los del ejército de Iturbide.

—¿Quien vive?

—¡Independencia!

—Son amigos.

Los insurgentes se acercaron á estrechar las manos de sus antiguos enemigos.

—¡Olá camaradas!

—Señor capitán Mojarra, mucho gusto de verle.

—Este Vildo siempre de aventura.

—Hasta que clave la salea ó llegue á la capital del reino.

—Bravo, muchacho.

—Como que escapé de aquella, ¿se acuerda el señor Mojarra?

—No recuerdo.

—¿Cómo nó, cuando se escapó usted del pueblo y nos fué á denunciar?

—Esa fué chanza.

—Sí, bromita que por poco me cuesta la pelleja.

—¿Quién se acuerda de esas cosas?

—¡Nadie! yo lo decía por lo que son las casualidades.

—Toma un trago, y olvídate del pasado.

—Venga él, nunca he dicho que nó.

—Arriba, y adelante.

Los insurgentes comenzarón á pasarse la botella, que quedó vacía en un momento.

—¿Qué hay de noticias?

—Nada, que unos realistas de México han venido al cerro de Barrabás á querer *tantear* al señor Ramiro.

—¿Se trata de que traicione y entregue la conducta?

—Precisamente.

—¿Y él que dice?

—El señor Ramiro es todo un valiente, y primero la arrancan la lengua ó lo entierran que hacer una felonía.

—¿Y no han conocido á las personas de México?

—Yo estaba en acecho, y conocí á una de ellas.

—¿Y se puede saber cómo se llama?

—No hay inconveniente, Jacinto Castaños.

—Ese demonio ha de meter su cola en todas partes: figúrese el señor capitán, que la noche del plan de Iguala, consumó deserción.

—Es un realista furibondo.

—Nos ha jurado guerra á muerte.

—Como nosotros á él.

—Es necesario estar en vela, porque anda con una partida por estos contornos, tiene en jaque al cerro, y sueña con los caudales.

—Pues que despierte, porque en un descuido lo colgamos.

Caifás, el perro del insurgente, comenzó á ladrar con furia.

—Es gente enemiga, observó Vildo, y todos se pusieron en acecho.

Por la cumbre de un cerro vieron atravesar á una partida de realistas que iba flanqueando el cerro.

—Es el capitán Castaños.

—Nos emboscaremos por si se atreve á bajar.

—Es que ya nos ha visto.

—Pues subamos á la posición.

Realistas é insurgentes ascendieron por las rocas, y dieron aviso á Ramiro de que Castaños andaba por aquellos terrenos.

—Vildo, dijo Ramiro, saldrás esta misma noche con dinero para tu general.

—¡Listo! gritó el insurgente.

—Es necesario que estraviemos veredas.

—El negocio corre de mi cuenta; tengo quien me ayude de una manera poderosa, y el insurgente señaló al cielo.

Efectivamente, las nubes comenzaban á condensarse, y apuntaba una recia tempestad de aire.

—Dentro de algunas horas, dijo Ramiro, ya todo estará envuelto en el polvo y la oscuridad.

—Eso aguardo precisamente, señor, para echarme al camino con el atajo; ademas que llevo conmigo á José de la Luz, que es un buen compañero, y valiente como no he visto otro.

—Confío en tí.

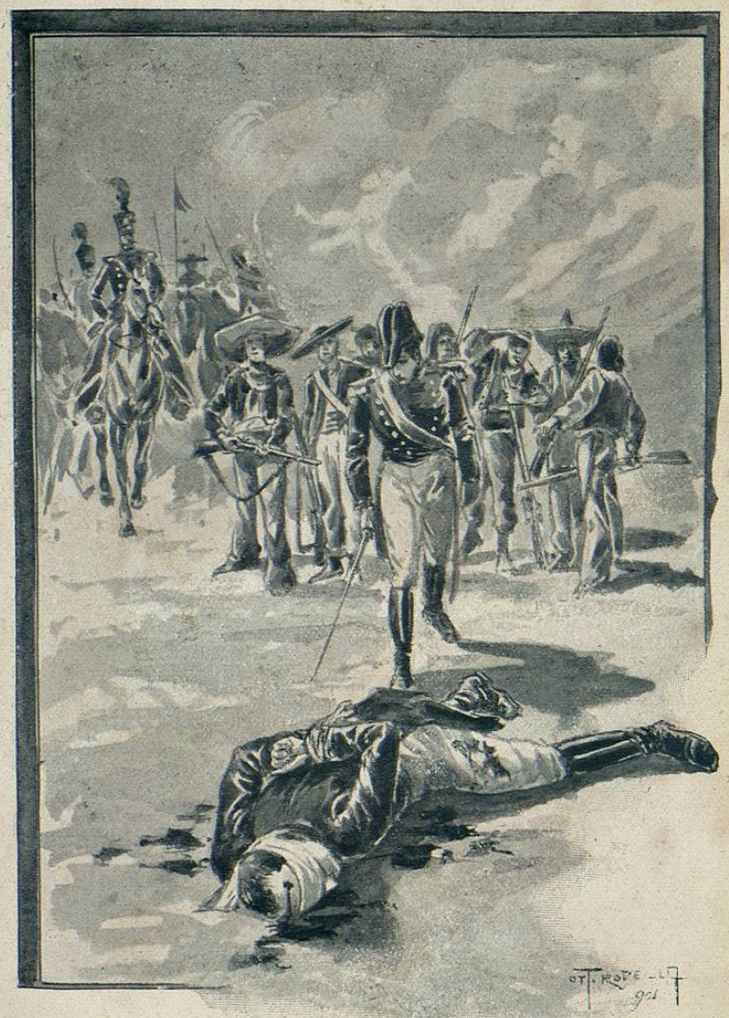
—Yo juro por los huesos de mi señora madre, que en paz descanse, que este dinero llegará á manos de mi general.

—Salva en un lance lo que puedas.

—Primero dejo la vida en manos de esos condenados, que un solo peso.

—Mira, Vildo, toma seis mulas que ya están cargades, y márchate; temo que el huracán y la noche te hagan perder la pista.

—Por las ánimas benditas que el señor no me conoce: figúrese su merced que estas montañas son como si dijéramos mi casa; aquí he nacido, y las he visto y andado durante muchos años; perderme en ellas sería tanto como darle cuchilladas á caballo de espadas.



Cuando se disipó el humo de la pólvora, don Agustín de Iturbide no era ya más que un cadáver cubierto de sangre.

—¡Es muy guapo aste mozo!

—Así dice mi general Guerrero.

—Y tiene razón que le sobra.

—Así somos sus soldados, tercos como un lobo viejo; figúrese su merced que el padre del general le ha rogado que se indulte, y él erre que erre, pelea y pelea, y eso que la señora su esposa está como de esclava en una hacienda de los gachupines, y la niña Doloritas su hija, arrimada en casa extraña y pobre como todos nosotros.

—Ese general es un hombre como hay pocos.

—Hoy es otra cosa, los realistas se han vuelto insurgentes, y hemos ganado con su misma baraja.

—Bien, bien, márchate, que cierra la noche.

—Con su permiso, señor amo.

Vildo se fué en dirección al lugar donde ya las mulas estaban dispuestas para el viaje.

José de la Luz, Vildo y una escolta de cincuenta surianos, comenzaron á descender por la cuesta del cerro de Barrabás. La noche avanzaba, el aire se había desencadenado de una manera formidable, destrozando las ramas de los pinos y derribando los troncos carcomidos de los árboles. Se oía el zumbido del huracán en el seno de los precipicios, y el chasquido de los jarales de las veredas. El ahullido de los lobos resonaba en las arboledas, al que respondía el constante ladrar de los perros que iban tras de la escolta.

—¡Brava está la noche!

—De los diablos, contestaba José de la Luz, que llevaba el lazo de la primera mula.

—Que buen chasco se lleva el capitán Castaños si cree que por miedo del huracán no salimos esta noche.

—¿Quién le habrá dicho algo sobre nuestra salida?

—No faltan *soplones*, muchos de los realistas han de estar desesperados con la revolución de Iturbide.

—Es que nosotros somos de esa opinión.

—Me parece que nos quieren tender un lazo, ya oiste eso de que siempre ha de mandar el rey, y que S. M. ha de venir á México.

—No creas esas cosas, ya me han explicado que para contentar á los gachupines sueltan esas mentirillas.

—Puede ser.

—La prueba es que el general Guerrero ha entrado en el convenio, y á él no le dan *atole* con el dedo.

—Ya lo creo, eso me tranquiliza.

—Sabes que *Caifás* está más asustado de lo regular, ladra como un furioso.

—Estos animales saben más de lo que les han enseñado.

—La noche, dijo Vildo, está oscura como nunca, y ya tengo algo de miedo.

—¡Por todos los diablos! gritó José de la Luz, que es la primera vez que oigo esa palabra en tu boca.

—Que quieres, hay veces que no está uno tan templado como quisiera.

—¿Y á qué le temes?

—A nada, pero esos ahullidos del viento me han hecho temblar.

—Mas feos los hemos visto, y no nos han hecho nada.

—Demonio, este *Caifás* me espeluzna, algo vé que nosotros no alcanzamos en medio de la oscuridad.

El perro había husmeado á los realistas, que estando en acecho desde la salida de los insurgentes, les iban siguiendo la pista hasta encontrarse en terreno á proposito para sorprenderlos. La columna insurgente iba en el declive del cerro y entrando á la barranca, aquel lugar era el más á propósito para caer sobre ellos. Castaños era conocedor del terreno y valiente á toda prueba, seguía como impulsado por el huracán en pos de la escolta, de seguro se haría dueño de los caudales. Vildo escuchó en las piedras del camino las herraduras de los caballos.

—Somos perdidos, dijo á José de la Luz, los realistas nos tienen envueltos.

—Nada se vé.

—Pero se oye.

El insurgente se apeó del caballo, puso la cabeza en el suelo, y escuchó perfectamente el paso de los caballos.

—No hay duda, ellos son.

Vildo impresionado terriblemente por un motivo que no estaba a su alcance, hizo un esfuerzo sobre humano para recobrar la moral, y dijo resueltamente á su compañero.

— Me quedo aquí, adelanta lo más que te sea posible con la mitad de la escolta, que yo les hago parada, aunque carguen conmigo todos los diablos, lo primero es lo primero, si me matan, dile al general que le había ofrecido morir por la América, y que he cumplido.

—Quien piensa en eso, dijo José de la Luz, me marcho á toda prisa, y ya nos veremos.

—¡Lárgate, y adiós!

José se marchó á toda prisa tomando una vereda contraria, y dejó á Vildo en espera del enemigo.

III.

Nada más sombrío que una noche de tormenta sin relámpagos, parece que la tierra se alza llena de pavor á los azotes del huracán y conmovida se azota entre las rocas en una desesperación de rabia espantosa. Oyense bramidos tan profundos como los del Océano y el quejido del aire perenne entre las aborledas.

Cruzan la atmósfera ecos perdidos que se desprenden de los abismos y atraviesan en todas direcciones, el hombre tiembla como las aves: aquel espectáculo sería terrible si se pudiese contemplar fuera de alcance.

Las montañas parecen tocar el cielo con sus frentes oscuras, y el mismo cielo es un caos en que todo se pierde... sombras por todas partes envuelven á la creación entera.

Ocultos entre las rocas esperan los insurgentes al enemigo, esperando detenerle mientras se pone en salvo aquel depósito confiado á su lealtad. Los realistas se acercan y caen en la emboscada.

Una descarga á quemaropa los pone en desorden; pero á la luz de las descargas calculan el número de sus adversarios.

Retroceden, y acostumbrados á aquel género de combates tratan de envolver la posición, que es defendida con arrogancia por los surianos. El fuego continúa por ambas partes con la misma desesperación, y la lucha se hace terrible en el seno de las tinieblas.

Repentinamente se oyeron detonaciones á la retaguardia de los insurgentes; la retirada, estaba cortada.

Vildo comprendió que estaba perdido, y se lanzó con sus soldados en busca del enemigo á la arma blanca.

Los realistas los dejaron avanzar, seguros de su movimiento, y cuando ya los tuvieron en el sitio á propósito, los rodearon, haciéndoles un grande estrago. Vildo fué hecho prisionero.

—¿Dónde está el dinero? preguntaba Castaños.

—¿Qué dinero? dijo Vildo.

—El que traían en las mulas.

—Ya vá muy adelante, la escolta salió desde temprano, nosotros veníamos á ver si estaba libre el camino.

—Es decir que nos han burlado.

—Así parece, respondió el insurgente, que había recobrado por completo su sangre fría.

—Hemos errado el golpe, mi capitán.

—Sí, gritó con desesperación Jacinto, pero nos vengaremos de estos miserables.

—Ya lo teníamos tragado, murmuró Vildo.

—Al amanecer que fusilen á estos traidores.

—¡Alto! gritó Vildo, eso de traidores, poco á poquito, yo siempre he sido insurgente, y lo seré hasta que muera.

—Ya te conozco, gritó Castaños.

—Ya nos conocemos señor capitán, somos paisanos.

—!Yo nada tengo de común contigo!

—Hemos nacido en la hacienda de Chichilhualco, fuí amigo del tío Blas, padre de su merced.

Jacinto no respondió, el nombre de su padre invocado en aquella noche siniestra y por un hombre sentenciado á muerte, le conmovió las fibras más hondas del corazón.

—¡Mi padre! murmuró el desgraciado, hasta hoy nadie había pronunciado su nombre ni avivado su recuerdo... ¡este es un presagio fatal!... he seguido la carrera del crimen con la marca del parricida sobre la frente sin hallar un solo instante de consuelo... ¿llegará alguna vez la hora del arrepentimiento?... ya he olvidado á esa mujer cuyo amor me impulsó al abismo sin fondo en que me agito... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... yo siento que el momento del castigo se aproxima, y ese mismo temor me dá aliento para luchar contra el destino siempre adverso... ¿dónde voy?... vuelvo mi vista al silencio tranquilo de mi hogar y no encuentro á nadie: estaré abandonado, y abandonado para siempre... mis padres han desaparecido en el silencio de la tumba, y Luz, mi hermana querida... ha muerto también... nadie me queda ya sobre la tierra... la justicia de Dios vá á caer sobre mi frente... ¡parricida!... ¡parricida!

Aquel hombre encallecido en el crimen comenzó á llorar como

una mujer. Dios y los hombres lo habían abandonado en la desastrosa senda de la desesperación.

Queriendo ocultar la emoción que lo dominaba, no considerando suficientemente densa la sombra de la noche, se echó á andar sin rumbo por el sendero.

Pasaron algunas horas, el huracán se había calmado, solo se veían á la luz primera de la mañana los destrozos del vendaval.

El bosque tenía tramos estensos de árboles desarraigados y hasta las piedras parecía que habían cambiado de sitio.

—Ya es hora, dijo un oficial á Vildo; si quiere rezar alguna cosa hágalo, porque ya lo vamos á fusilar.

—Para luego es tarde, contestó el insurgente; pero su voz se hizo trémula y su rostro tostado por el sol tomó un color ceniciento.

Caifás parecía comprender lo que iba á pasar, porque se puso delante de Vildo, amenazando devorar al que osase tocar á su amo.

Vildo hincó una rodilla, y tendió el brazo conteniendo á su fiel amigo, que ahullaba husmeando la muerte.

Los soldados de la escolta avanzaron.

El insurgente abrió su camisa mostrando su pecho desnudo lleno de cicatrices cosechadas en el campo de batalla.

—Buena puntería, dijo á los soldados, que no quiero padecer mucho.

—¿Nada tiene que ordenar? podemos hacer llegar un recado á su familia.

—Mi familia, dijo Vildo, son los soldados mis compañeros, no he conocido jamás otra; en cuanto á dejar algo, no tengo más ropa que la puesta, y eso vá á quedar inservible con las balas: lo que les ruego es que me entierren con mi *machete suriano*, ese me ha librado muchas veces la vida, y quiero que duerma conmigo debajo de la tierra.

—Concedido, dijo el oficial.

Vildo balbució algunas palabras: seguramente rezaba una oración en aquel trance fatal, hizo la señal de la cruz, se santiguó el rostro, y esperó sereno el último trance.

Oyóse una descarga que resonó en el fondo de las montañas... Vildo el insurgente acababa de expirar, revolcándose en aquella sangre derramada tantas veces en los campos de la patria...

Jacinto escuchó la detonación, y lanzó su caballo por si podía escapar de la muerte á los otros prisioneros.

Envuelto en la negra túnica de sus remordimientos, se olvidó de que había dado la orden fatal; cuando llegó al sitio los insurgentes habían sido ejecutados.

IV.

El general Guerrero envió á Piedra-Santa con un destacamento en busca de la *conducta*, que ya suponía en camino.

Serían las once de la mañana cuando José de la Luz descubrió la avanzada del general Guerrero.

—Señor, dijo al coronel Piedra-Santa, es necesario auxiliar á Vildo, que ha quedado con una fuerza muy corta cubriendo nuestra retirada.

—¿Cuantos hombres tiene?

—Doce apenas; lo primero es lo primero, se trataba de salvar las monedas, y ya están aquí sanas y salvas: ahora volvámonos, porque los realistas deben estarlo atacando.

—¡En marcha! gritó don Alfonso, y ustedes muchachos singan con la *conducta* adelante, ya todo el camino está seguro y bien escoltado.

La caballería insurgente salió á escape en auxilio de sus compañeros, auxilio tardío, porque todos habían caído bajo el golpe inexorable de la muerte. Después de cuatro horas llegaron al lugar de las ejecuciones.

Unos montones de tierra recien escabada indicaba las tumbas de los insurgentes.

Cuando *Caifás* reconoció á José de la Luz, comenzó á ahullar espantosamente y á cavar la sepultura con un ahinco ardoroso.

La cabeza de Vildo apareció ensangrentada y destrozada por el plomo. José de la luz se tiró en el suelo dando de alaridos y diciendo imprecaciones y blasfemias.

—¡Infame! murmuraba Piedra-Santa, has asesinado á tu padre, has abierto la tumba á la infeliz á quien debiste el ser, y á mí me has arrebatado al hijo de mis entrañas y á la mujer de mi amor... ¡has sido el azote de tu familia, el verdugo de los tuyos!... hoy me arrebatas á un hermano, á un compañero de tantos años, á un soldado de la patria... ¿y el cielo estará sordo á tantos crimenes?... ¿y no guardará un rayo de su justicia eterna para aniquilar á este miserable?...

Los insurgentes todos estaban demudados y con los ojos llenos de lágrimas. Vildo era uno de los patriotas más queridos y el mejor de los amigos.

—¡En marcha! gritó Piedra-Santa.

José de la Luz cubrió el cadáver con la tierra que el perro había esparcido, plantó una cruz de ramas, besó el suolo, y se alejó llorando como un niño.

Caifás no quiso separarse de aquel sitio, quedó echado sobre la sepoltura velando el cadáver de su amo.

CAPITULO XII.

De cómo se encontraron tres señores virreyes en el territorio de Nueva-España.

I.

La voz de independencia dada en Iguala resonó en los ámbitos de América como el acento poderoso de la resurrección de un pueblo. El pensamiento de Hidalgo había tomado la grandiosa forma que el anciano de Dolores le había dado en esa concepción gigante de su cerebro.

Los enemigos encarnizados de la libertad venían á rendir sus banderas, á confesarse vencidos delante de las tumbas de los mártires, y á venerar esas cenizas como las de los dioses del mundo nuevo, que